

Pantallas, qué remedio

Cómo sobrevivir, con pensamiento crítico, al entorno digital

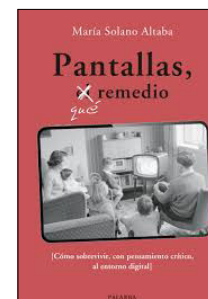
María Solano Altaba

Ediciones Palabra

2025

253 pp.

ISBN. 978-84-1368-460-4



Hace tiempo que quedó superada la dicotomía “mundo real-mundo virtual” que caracterizó el inicio de Internet y que, de un modo indirecto y acrítico, clasificaba dos esferas de acción humana aparentemente incomunicadas o aisladas entre sí. Nada más lejos de la realidad, pues la experiencia de las dos últimas décadas ha evidenciado que lo virtual es real, y que lo que ocurre en las pantallas tiene consecuencias efectivas y verdaderas. Suele ocurrir con todas las técnicas y sus derivados que, tras una etapa inicial de incorporación a las rutinas vitales, se vuelven invisibles para la persona y pierden su carácter ortopédico al disolverse en la propia vida como una extensión más del cuerpo humano.

En el caso de las tecnologías digitales, su estética constitutiva hace que se asemejen a un juego, de tal suerte que se presume a los internautas la capacidad de discernir dónde acaba el juego y dónde empieza la realidad. Lo que hemos aprendido hasta ahora es que dicha capacidad de discernimiento debe ser puesta en cuarentena, y que es necesaria la alfabetización mediática para corregir los desajustes que, dicho sea de paso, son intergeneracionales. Porque la dificultad no es que los niños no sepan distinguir la realidad de la ficción, o no puedan controlar sus impulsos; en el proceso de digitalización de la vida humana, los adultos también han dimitido de su estatus, sucumbiendo al juego de las redes sociales y de las aplicaciones,

y desarrollando problemas de adicción digital que les afectan tanto como a los menores.

Este es el problema de base desde el que la profesora María Solano construye el discurso de *Pantallas, qué remedio*, magnífico libro recién publicado en Ediciones Palabra. No se trata de un manual de alfabetización mediática ni de un tratado académico o científico. Lo que la autora propone es una aproximación didáctica, empática y comprensible al problema de la digitalización, basada en la experiencia y en la realidad compartida en las sociedades contemporáneas.

“Vamos a hablar de pantallas, pero mucho más de educación. Vamos a hablar de menores, pero también de nosotros, los adultos, que somos el mejor ejemplo para ellos y necesitamos revisar nuestra relación, un tanto tortuosa, con la digitalización sobrevenida”, avisa la autora en el prólogo.

La obra está dividida en 10 capítulos que se leen de un tirón gracias al estilo tan ameno y cercano con que están redactados. Ni esconde ni renuncia María Solano a su condición de periodista y de directora de la revista *Hacer familia*; de hecho, el lector tiene la sensación de asistir a una conversación con la autora, que le habla de tú a tú sobre experiencias comunes que permiten aterrizar los problemas en la vida cotidiana.

Uno de los principales problemas que Solano aborda en esta obra es la doble naturaleza de los dispositivos digitales, que son simultáneamente herramientas fabulosas para el avance del conocimiento humano y armas dañinas si no se utilizan bien. Establecer la línea que separa la herramienta del arma es complejo, precisamente por la invisibilidad a la que aludíamos en el primer párrafo. Las pantallas (sustantivo utilizado en el libro con carácter genérico para englobar a todos los dispositivos digitales de comunicación) ha permeado en todos los ámbitos de la vida humana: profesional, personal, familiar, social..., dificultando la saludable separación entre actividades y contextos.

Hoy día, a nadie extraña que el correo electrónico nos mantenga permanentemente conectados con el trabajo sin restricciones horarias; o que la gente publicite en las redes sociales vivencias propias de la vida privada; o que en el régimen de convivencia familiar haya desaparecido la costumbre de compartir juntos un programa de televisión y que los móviles interrumpen la conversación durante las comidas o las cenas. ¿Dónde ha quedado el tiempo que las familias dedicaban a convivir, a educar, a cuidarse, a relacionarse, ahora malgastado en el agujero infinito del dispositivo móvil?

Solano describe con cierto halo de nostalgia las veladas familiares en que los menores veían la televisión acompañados de los adultos. Aquel salón familiar se transformaba en un contexto educativo formidable hoy casi desaparecido, en parte por dejación de responsabilidades de los propios adultos. Educar es costoso y demandante, y la opción de callar o de entretener al niño con una pantalla es muy seductora. Con ese sencillo gesto comienza un profundo proceso de transformación social que convierte la pantalla en sustituto de los padres, de los amigos, de los educadores... “El proceso de socialización es lentísimo”, advierte la autora. Por eso, el tiempo que pasamos sumidos en la soledad de la pantalla es tiempo robado a

la convivencia y a las relaciones entre seres encarnados, que es lo que somos.

Además del impacto en la socialización de los menores, la profesora Solano también desarrolla el problema del “*solucionismo* tecnológico”, concepto acuñado en 2015 por Evgeny Morozov para alertar del riesgo de confiar a la tecnología la solución a todos nuestros problemas. Una cosa es buscar una solución específica para un problema concreto, y otra el *solucionismo*, que consiste en pensar que todo puede ser resuelto por la tecnología, lo que acarrearía graves problemas de índole moral y civil como, por ejemplo, delegar en la tecnología la administración de justicia o la contratación de pólizas de salud. Los atentados contra los derechos fundamentales pueden ser aberrantes si ciertas decisiones no fueran arbitradas por seres humanos sino por máquinas.

El punto de optimismo que, sin embargo, cierra este libro (“Motivos para la esperanza” es el título del último capítulo) viene dado por la propia naturaleza del ser humano, capaz de darse cuenta de las cosas y de corregirlas. Muchos de los problemas descritos responden a hábitos digitales que inconscientemente hemos adquirido y que, en la medida en que son adquiridos, tienen solución.

No hay una consigna universal del tipo “abandonen las pantallas” o “cierren sus redes sociales” o “no compren móviles a sus hijos” para afrontar este desafío. Tampoco recetas mágicas ni genéricas, porque cada individuo es singular y cada contexto requiere medidas específicas. Como queda claro en esta obra, el problema no es la tecnología, sino su integración en nuestras vidas. Las pantallas son adictivas porque las aplicaciones están especialmente diseñadas para crear adicción. Se trata, en suma, de ser conscientes, de reconocer la naturaleza de las cosas, de comprender para qué nos sirven las tecnologías y de decidir qué lugar queremos que ocupen en nuestras vidas.

Defiende la profesora Solano “la formación del pensamiento crítico, esa herramienta imprescindible que les permitirá utilizar su libertad con criterio y elegir la mejor opción cuando se encuentren en un cruce de caminos” (p.249).

En conclusión, si nuestra sociedad está abocada a convivir con las tecnologías digitales, lo que un ciudadano maduro y responsable debe hacer es prepararse para salvaguardar sus

derechos y libertades. Este reto solo se puede afrontar por la vía de la educación, que es la mejor garantía para el desarrollo de ciudadanos libres y responsables, conscientes de las oportunidades, pero también de los riesgos del tiempo que nos ha tocado vivir.

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo